Los partidos antiestablishment político

ANDREAS SCHEDLER

Un fantasma acecha la política de partidos contemporánea: el espectro de los partidos antiestablishment político. Tanto en las antiguas como en las nuevas democracias, los temores se intensifican y las publicaciones proliferan. Pero los fantasmas son evasivos. Los politólogos han tratado de atraparlos bajo rótulos como partidos de protesta, populistas o extremistas. Pero no se ha prestado la atención sistemática que merece a la ideología "antipolítica ", que es crucial en muchos de esos partidos intrusos. El texto de análisis de discurso que sigue a continuación pretende llenar ese hueco. En él se sostiene que los partidos antiestablishment político construyen dos divisiones especificas: por una parte, contraponen la élite política a los ciudadanos, y por otra, a sí mismos. En la parte principal de este artículo se analizan las estrategias simbólicas que emplean los partidos antiestablishment político para construir ese doble conflicto. Después se describe la posición de conflicto de esos partidos entre la oposición normal y la antidemocrática, se esbozan las posibles trayectorias de los partidos antiestablishment político y se concluye con algunas notas sobre las contraestrategias posibles.

Palabras clave: extremismo • nuevos partidos • oposición política • populismo • política de derecha

Desde mediados de los años ochenta y, sobre todo, desde el annus mirabilis simbólico de 1989, han ingresado al ámbito político numerosos partidos antiestablishment político tanto en las democracias antiguas como en las nuevas. Descritos a menudos como populistas o extremistas, esos nuevos partidos de confrontación son imágenes vívidas y multicolores de fracaso político. Acusan a los partidos establecidos de formar un cártel excluyente, indiferente e irresponsable, y describen gráficamente a los funcionarios públicos como a una clase homogénea de villanos perezosos, incompetentes, que se autoenriquecen y están impulsados por el poder.

Los ejemplos abundan. En Europa occidental toda la familia de partidos radicales de derecha contemporáneos vive de los ataques al establishment político. Piénsese por ejemplo en el Frente Nacional de Jean Marie Le Pen en Francia, en Republikaner de Franz Schünhuber en Alemania, en Lega Nord de Umberto Bossi en Italia, o en "Freedom Movement" F (Die Freiheitlichen) de Jorg Haider en Austria. Ejemplos conocidos de recientes llamados al antiestablishment de paladines norteamericanos son el Partido de la Reforma de Preston Manning en Canadá, y United We Stand America de Ross Perot en los Estados Unidos. Además, en las innumerables campañas locales y regionales, así corno a nivel nacional en los Estados Unidos, a la nueva Derecha Republicana dirigida por Newt Gingrich la impulsan fuertes motivos antiestablishment político. En Sudamérica, la lista de los actores antiestablishment político contemporáneos incluye, entre muchos otros, al

antiguo presidente del Brasil, Fernando Collor de Mello, así como a los presidentes titulares de Perú y Venezuela, Alberto Fujimori y Rafael Caldera, respectivamente.

El término "partidos antiestablishment político" es bastante engorroso, y por lo tanto bastante inusual. Pero para nosotros es mejor que otros términos en competencia, que son más precisos. Las taxonomías de partido que toman en cuenta la existencia de actores antiestablishment político los tratan característicamente corno una "categoría residual" heterogénea (Ignazi, 1992: 6). El mecanismo más popular para clasificar esos fenómenos aparentemente inclasificables es el "populismo" (Véase por ejemplo, Betz, 1993; Dudatenzeiler et al., 1992; Kingstone, 1994:72; Singer, 1990). El ténnino suele ir acompañado de adjetivos o prefijos, como "neopopulismo" (Mayorga, 1995), "nuevo populismo"(Leggewie, 1992), "populismo de derecha"(Pfahl-Traughber, 1994), "populismo nacional"(Backes, 1990), "populismo federal" (Piccone, 1992) o "telepopulismo"(Schneider, 1991). Otros autores describen a esos actores simplemente corno "anticorriente principal" (Citrin, 1974:982) o "antiestablishment" (Huntington, 1991: 266-268; Oliveira 1992:10; Schneider, 1984:121). Otros más hablan de "partidos de protesta" (Falter y Schuhmann, 1993; Müller-Rommel, 1993; Smith, 1989:175),"partidos de descontento" (Lane y Ersson, 1994), o "partidos antipartido" (Poguntke, 1994), que es una etiqueta paradójica acuñada por los Verdes alemanes (sobre "antipartidismo" véase también Daalder, 1992; Main Waring, 1992: 24-29; Mudde, 1994; Power, 1991: 89; Scarrow, 1995; Schneider, 1984).

Aunque todas esas etiquetas transmiten aspectos importantes de los discursos antiestablishment político, todas adolecen de imprecisión. Muchas son demasiado generales y por lo tanto ocultan el blanco específico de las cruzadas antiestablishment político. Piénsese en el populismo por ejemplo. Entre otras cosas, ese término valija de reconocida ambigüedad, compendia toda la variedad de discursos que contraponen "los amigos del pueblo" a sus "enemigos". Como los primeros son escasos mientras que los segundos abundan, se ha asociado al populismo con una amplia gama de antiactitudes, por ejemplo, con retóricas antiélite, antiextranjero, antiintelectual o anti minorías. Por definición, los partidos antiestablishment político comparten el resentimiento populista hacia el establishment, la élite y "el bloque de poder"(Laclau, 1981). Pero esta similitud es sólo superficial. Más concretamente, es parcial. Los actores antiestablishment político declaran la guerra a la clase política. En cambio, los ataques populistas al "establishment" al "otro" amenazante, no suelen estar dirigidos primordialmente a la élite política, sino a la económica. El populismo histórico tal vez haya contenido elementos antipoliticos, pero su principal embate ha sido anticapitalista, antioligárquico o anti-imperialista.' En suma, cuando los actores antiestablishment político enarbolan banderas populistas, lo hacen de un modo restringido, se meten en el "populismo antipolítico" (Canovan, 1981: 264).

Por razones de economía y estilo, en el texto que sigue a continuación emplearemos reiteradamente el término partidos "antipolíticos"como abreviación de partidos "antiestablishment político". Otros autores han hecho lo mismo, sobre todo en contextos latinoamericanos (e.g, Kenney, 1992; Kingstone, 1994: 369; Leggewie, 1992: 92; Lins da Silva, 1993: 138, 143; Mayorga, 1995; Rospigliosi, 1992; Weffort, 1993: 253). Pero el término dista de ser perfecto. La antipolítica, tomada en su sentido literal, alude a mucho más que al simple descontento con las prácticas políticas actuales. Denota un rechazo de la

política per se (Véase Arendt, 1963:19, 136; Crick, 1992:130-139; Schedler, 1996). En una perspectiva verdaderamente antipolítica, la política sería sustituida por principos activos de otras esferas sociales de acción; por ejemplo, por mandamientos divinos ("antipolítica religiosa"), por la mano invisible del mercado ("antipolítica liberal"), por la voluntad unitaria y manifiesta del pueblo ("antipolítica comunitaria"), o por la ciencia, la tecnología o la administración ("antipolítica tecnocrática"). Aunque en realidad motivos genuinamente anti-politicos nutren los discursos antiestablishment político, se ha de mantener en mente la diferencia entre ambos.

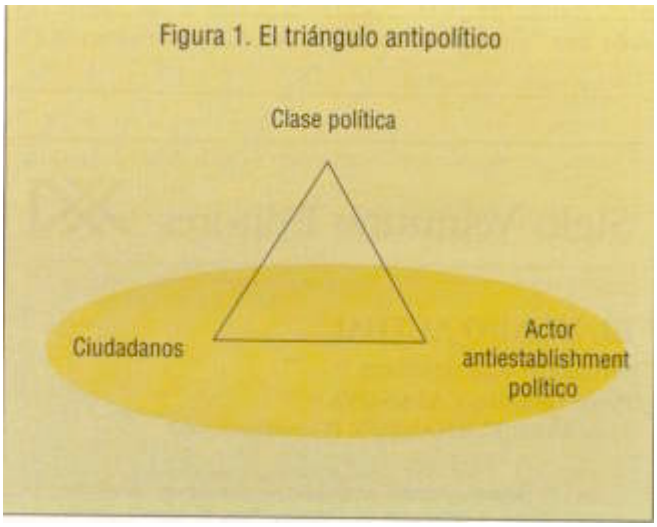
El triángulo antipolítico

Los partidos antiestablishment político ordenan el mundo político de una manera particular. Trazan un espacio triangular simbólico mediante la construcción (simultánea) de tres actores y de las relaciones entre ellos: la clase política, el pueblo y ellos mismos (Véase figura 1). El primero representa al bellaco malvado, el segundo a la víctima inocente y el tercero al héroe redentor. Aunque ciudadanos y actores antiestablishment político viven en paz y armonía, sus relaciones con el establishment político son profundamente antagónicas. Los que están "arriba "ni siquiera pertenecen a la comunidad preestablecida de los que están "abajo". No son sólo enemigos, son forasteros.2

A continuación, contemplaremos cómo los actores anti establishment político construyen las dos relaciones de conflicto: por una parte, la división entre el establishment político y el pueblo, y por otra, la oposición entre el primero y ellos mismos. Por razones de espacio, no analizaremos cómo los partidos antiestablishment político representan al pueblo y cómo construyen la "comunidad imaginada"(Anderson, 1991) que une a ambos. En parte, esta comunidad surge por implicación: compartir un adversario común crea una identidad común. Sin embargo, muchos actores antiestablishment político forjan sus lazos estrechos con el público recitando refranes populistas clásicos: toda la virtud reside en el pueblo, uno e indivisible, y toda la esperanza reside en su salvador, uno e incorruptible3

Llegados a este punto hemos de agregar que a veces, sobre todo en los países de Europa occidental, los populistas contemporáneos completan su retórica antipolítico con ataques antiemigrantes. En total simetría con la clase política, el enemigo que está arriba, construyen una subclase pobre y marginal, pero amenazante, el enemigo que está abajo. Abordar esta especie de construcción divisoria queda fuera del alcance de este artículo (Véase, por ejemplo, Hainsworth, 1992: passim).

Figura 1.- El triángulo antipolítico



La construcción de una clase política

Los partidos antiestablishment político describen un conflicto en específico como la división fundamental de la sociedad: el conflicto entre los "gobernados" y los "gobernantes", o alternativamente, el conflicto entre público y política, electores y partidos, ciudadanos y políticos, sociedad y Estado, electorado y elegidos, mayoría (silenciosa) y élite, pueblo y establishment político, hombres privados y funcionarios públicos, hombres comunes y élite de poder, o sociedad civil y partitocrazia. El atuendo semántico puede variar, pero el mensaje básico sigue siendo el mismo: los funcionarios públicos forman una coalición antipopular; han degenerado en una clase política.4

La noción de una "clase política", otrora sospechosa por su afinidad semántica con la teoría marxista de clases, ha recorrido una asombrosa trayectoria en los últimos años. Ha entrado en el vocabulario de los medios de comunicación de masas, donde se ha convertido en un término de moda, en realidad en un término de sentido común, para describir el estrato de los políticos profesionales. Pero no sólo esto, el concepto también se ha abierto camino en la jerga de los politólogos que, no obstante, han intentado transformar su significado; han tratado de despojarlo de sus connotaciones evaluativas negativas y de convertirlo en un término técnico neutro.

Esperamos que este intento de desacoplar el significado científico del término de su significado cotidiano fracase. Es dificil cambiar las tradiciones semánticas con un fiat definitivo. Lo más probable es que la noción de "clase política" conserve su herencia evaluativa incluso en contextos académicos. Nosotros los científicos sociales tenemos tendencia a evitar las cuestiones normativas. Pero, aun cuando exorcisemos todos los matices de fondo críticos que el término conlleva, se seguirá necesitando una noción que describa una élite política que no cumple las funciones que se supone que tiene que cumplir (o bien que niegue la posibilidad de que pueda surgir una élite tan disfuncional en condiciones democráticas liberales).

Ahora bien, nuestra afirmación de que los partidos antiestablishment político solían describir a sus opositores como una "clase política" claro que toma plenamente en cuenta el juicio moral que esa marca de fábrica implica. En nuestra opinión, los actores antiestablishment político que emplean el término (así como los que no lo emplean) lo usan para hacer tres suposiciones básicas: primero, todos los políticos son iguales; segundo, son irracionales; y tercero, son poderosos.

Desdiferenciación

La política democrática moderna funciona sobre la base del "código binario"(Luhmann, 1989) gobierno versus oposición. Los actores antipolíticos afirman que ese código no tiene sentido; según ellos, las diferencias existentes entre gobierno y partidos de oposición son simplemente irrelevantes. Su estrategia es la desdiferenciación simbólica. Recodifican el universo de los actores políticos como una clase política homogénea. La ecuación antipolítica central es gobierno = oposición.

En los discursos antiestablishment político todo el estrato de los políticos profesionales (que normalmente incluye a los funcionarios públicos) queda agrupado bajo etiquetas tan precisas y poco halagadoras como "los marajás" (Collor de Mello),"los caciques políticos", "los potentados políticos", "los aparatchics establecidos" (Unión del Pueblo Alemán), "el bandolerismo político", "la mafia política" (Vlaams Blok), "los ladrones de Roma"(Bossi), "la clase política dominante", "el cártel del poder", "los caballeros del privilegio" (Haider), "la gente en Washington", "los pilones", "los muchachitos", "los acróbatas de los medios"(Perot), o simplemente, "los cerdos" (Van Rossem).

El clavo que los partidos antiestablishment político quieren remachar es muy simple: las diferencias entre los partidos "tradicionales" son meros fenómenos de superficie, nada más que simulacros cosméticos. En realidad, los "viejos" partidos no compiten, están coludidos. Forman un cártel cerrado que enfrenta sólo a una fuerza importante de oposición. Quién sabe cuál.

Irracionalidad

Los actores antiestablishment político reclaman que las personas que están a cargo de la toma de decisiones políticas no son las adecuadas. Siguiendo la conocida distinción de Jürgen Habermas entre racionalidad cognitivo-instrumental, normativa y expresiva, podemos distinguir tres tipos de críticas que los actores antiestablishment político pueden formular contra los funcionarios públicos.

Primero está la acusación de irracionalidad cognitivoinstrumental. Muchos partidos antiestablishment político acusan a sus adversarios de incompetencia. Afirman que los políticos profesionales actúan de todas maneras menos profesionalmente. En realidad, dice el portavoz antiestablishment politico, son peores que expertos deficientes. Carentes no sólo de pericia sino de sentido común, ni siquiera están a la altura de los criterios de

racionalidad de los legos. Como a Ross Perot le gusta indicar, los políticos ni siquiera entienden cosas tan simples como el capitalismo (Véase Perot, 1993:14). Están atrapados en un estado de ignorancia irreparable, que contrasta pintorescamente con la estrecha cercanía del portavoz antiestablishment político respecto a las fuentes de la sabiduría popular intemporal. Por ejemplo, el discurso florido de Jbrg Haider retrata a los funcionarios públicos como (literalmente) aficionados, estúpidos, ignorantes, incompetentes, insensatos, miopes, irrealistas, caóticos, confusos, apresurados, contradictorios y demás (cf. Schedler, 1995a).

Segundo, piénsese en la acusación de irracionalidad normativa. Los actores morales antiestablishment político ponen en duda las credenciales normativas de los que toman decisiones públicas. Polemizan contra la traición, la corrupción, la injusticia y el autoenriquecimiento. Según su indignante retórica, los funcionarios públicos emplean la mayor parte de su tiempo de trabajo "vendiendo" a la gente, y lo único que les interesa es "promover sus propios intereses egoístas"(Voerman y Lucardie, 1992:40). Los ataques morales de este tipo suelen coincidir en parte con la convicción antipolítica de que la política en general representa una actividad "sucia", "un espacio social contaminado"(De Lima, 1993:105).

La tercera acusación es la de irracionalidad de expresión. Las acusaciones de insinceridad pertenecen al repertorio común de los actores antiestablishment político. Es típico de ellos exponer un punto de vista cínico y teatral de la política, en el que ven una gran brecha, y en realidad una contradicción fundamental entre la parte frontal del escenario público de la política y las bambalinas invisibles. Mientras que la parte frontal del escenario es sólo una realidad aparente, un mundo de fachadas, una serie engañosa de rituales huecos, las bambalinas representan el auténtico locus de la política. Los funcionarios públicos hablan amablemente mientras el público se sienta y mira, para llegar a negociaciones sucias después de que ha caído el telón. Los políticos son simples actores de televisión cuyas palabras no valen nada; mienten rutinariamente y hacen promesas sólo para romperlas después; tienen dos rostros y emplean dobles estándares, y así sucesivamente.

Los actores antiestablishment político rara vez se molestan en especificar las bases empíricas que podrían justificar sus acusaciones al supuestamente incompetente, inmoral e insincero establishment político. Al contrario, sus ataques se basan en generalizaciones excesivas y sistemáticas. Cada prueba (presunta) de fracaso político cada escándalo de corrupción, cada estadística de desempleo, cada homicidio interétnico, cada devaluación de la moneda, cada catástrofe natural, cada affaire sexual de un ministro, cada quiebra bancaria, cada caso de mecenazgo de partido y demás, todos esos incidentes aislados se interpretan invariablemente como síntomas invasores, como pruebas convincentes del fracaso generalizado del partido. Los actores antiestablishment político son virtuosos de los non sequiturs, amantes ardientes de las falsas inferencias, paladines de la etiqueta global, especialistas en conclusiones injustificadas, profesionales de las falacias inductivas y maestros del estereotipo.

Aun así, no habría que descartar a priori las acusaciones que formulan los actores antiestablishment político. Quienes toman decisiones políticas puede que en efecto actúen

de modo irracional. Los mercados democráticos no son infalibles. Al contrario, pueden fallar de maneras bastante análogas a los mercados económicos. En economía, el mercado falla cuando no suministra los bienes y servicios que el público pide. En política, también puede suceder lo mismo. Los partidos políticos, empresas suministradoras de los mercados electorales, pueden fallar en la satisfacción de una fuerte demanda potencial. Pueden fallar en producir los bienes básicos que los electores piden intensamente5. En consecuencia, a menos que siempre escojamos tomar partido por el statu quo, primero hemos de evaluar las realidades empíricas fundamentales antes de juzgar si los diagnósticos antipolíticos de irracionalidad son en sí irracionales.

Gobierno autoritario

Se podría decir que la venerable división entre gobernantes y gobernados ha representado la línea básica del conflicto político (aparte de las luchas intraélite) desde la evolución de las estructuras estatales hace unos 400 años. El rasgo interesante e irritante de los discursos antiestablishment político es, sin embargo, que se despliegan en condiciones democráticas. Este punto merece ser destacado. No estamos hablando de movimientos democratizadores en contextos autoritarios, estamos hablando de movimientos electorales en organizaciones políticas que comúnmente se clasifican como democrático-liberales. Pero, a pesar de la disimilitud drástica de los contextos, los partidos antiestablishment político adoptan retóricas que son sorprendentemente similares a las de los movimientos anti-autoritarios. Encuadrando sus ataques dentro de narrativas de decadencia democrática, lo que esos partidos expresan no son simples déficit democráticos sino el gobierno no democrático. Redefinen las organizaciones políticas democráticas existentes como autoritarias.

Los discursos antiestablishment político suelen fundir el código moral, lo bueno versus lo malo, con el código del poder, abajo versus arriba, contraponiendo una sociedad civil buena (abajo) a una política mala (arriba). Pero van más allá de esto. Pintan cuadros de sociedades jerárquicas "de la vieja Europa". Describen las sociedades contemporáneas como si aún fueran premodernas con un "alto centro", expresan sociedades basadas en la política (el resto es superestructura), sociedades precapitalistas con bajos niveles de diferenciación funcional entre política y otras esferas sociales, sociedades predemocráticas en las que la clase política es la clase gobernante y la política un sistema de dominación patente (para un análisis de las violentas metáforas de 76rg Haider sobre la represión y la explotación, tomadas la mayoría de contextos feudales, autoritarios o totalitarios, véase Schedler, 1995a: sección 3).

Construcción del yo antipolítico

Los actores antiestablishment político son forasteros (Véase, por ejemplo, De Lima, 1993; Dennis y Owen, 1994: 5-6; Hermet, 1989:178; Huntington, 1991:266; Ignazi, 1992:16). Ellos se describen –y son percibidos por sus competidores así corno por el público en general– actuando fuera del sistema de partido. Por razones de lógica, así como de credibilidad, no pueden lanzar sus campañas antipartido,

antiélite, antiestado, antipolítica, anti todo lo que sea' desde adentro del establishment político. Sin embargo, nadie llega al mundo político con su reputación de forastero antiestablishment político ya consagrada. Los aspirantes a candidatos primero han de conquistar sus credenciales antiestablishment político. Tienen que construir una identidad antipolítica. Tienen que construir una imagen de imparcialidad y antagonismo frente a la élite política. Todo esto es dificil. Pero las herramientas disponibles, las estrategias simbólicas que los actores pueden escoger, son bastante elementales: nada de alta tecnología política; sólo unos cuantos mecanismos simples.

Homini novi

La mayoría de los partidos antiestablishment político son partidos nuevos. No es ninguna sorpresa. El atributo de la novedad brinda el punto de partida lógico para los ataques al establishment político y sus rutinas. Aparentemente, los actores nuevos e inocentes están en una posición claramente privilegiada para formular –de un modo plausible y creíble–condenas antiestablishment político así como promesas de cambio. Normalmente no resulta muy convincente cuando soldados que han estado mucho tiempo al servicio de un partido se atavían con "el hábito inmaculado del redentor" (Ducatenzeiler et al., 1992: 170) con el fin de poner en escena dramas antipolíticos. Así que en la mayoría de los casos, los actores del antiestablishment político explotan el aura de la novedad, los encantos de lo desconocido y de lo no intentado, de lo no agotado y lo no contaminado.

Para propósitos antipolíticos, la definición de un actor "nuevo" es una definición vaga. En muchos casos, la novedad del antipolítico tiene más que ver con un manejo de la percepción que con hechos incontestables. Pocos de los "recién llegados" al antiestablishment político son legos sin experiencia política profesional previa que construyen nuevos partidos desde cero (por ejemplo, Glistrup o Bossi). Muchos han salido de algún partido establecido (por ejemplo, Caldera, Cárdenas o la mayoría de los candidatos de tercer partido en los Estados Unidos). Otros empiezan su ascenso meteórico a la prominencia nacional desde provincia (por ejemplo, Collor o Fujimori). Otros conquistan el liderazgo de sus partidos desde los márgenes, redefiniendo después la identidad del partido (por ejemplo, Haider o Menem). Algunos empresarios ricos pasan de hacer dinero a dar máxima importancia al voto, cortando (o velando) sus viejos lazos simbióticos con la política del establishment a fin de lanzar candidaturas independientes (por ejemplo, Berlusconi, Perot o Huffington). Y por último, con algún esfuerzo acrobático, cosmético y teatral, hasta los profesionales políticos bien establecidos pueden ser capaces de surcar la ola antipolítica. Nuevos rostros, nuevas máscaras, nuevas imágenes o nuevas melodías cumplen la misma tarea. Puede que no haya ninguna diferencia si las personalidades son recién hechas o son sólo nuevas marcas, renovadas, recicladas, refrescadas, reconvertidas (piénsese por ejemplo en De Gaulle, Reagan o Caldera).

Hay que tener presente, sin embargo, que aun cuando la mayoría de los partidos antiestablishment político sean partidos nuevos, no todos ellos lo son. La pequeñez y la marginalidad pueden servir de equivalentes funcionales de la novedad. Como norma, los partidos antiestablishment político son partidos pequeños. Lo pequeño es bello porque la

pequeñez denota inocencia. A medida que los partidos crecen, tienden a perder su cómodo estatuto de forasteros ajenos al sistema de poder. Pero otros partidos antiestablishment político que no son ni efímeros ni minúsculos habitan en los márgenes del sistema de partido. Permanentemente excluidos de la participación en el gobierno, a esos partidos de "oposición eterna" se les agobia (y bendice) con la imagen de extraños distantes y ajenos a los círculos internos del poder. Desde su posición casi externa de exclusión elegida o impuesta, esos desterrados del sistema de partidos ocupan una posición confortable para engañar con motivos antipoliticos.

Téngase también presente que aun cuando muchos de los partidos antiestablishment político son en realidad partidos nuevos, la conclusión inversa no es cierta. No todos los recién llegados siguen tocando cuerdas antipolíticas. Muchos de ellos hacen lo que se supone que deben hacer según la "teoría económica" de la democracia. Identifican nichos en el mercado y tratan de ocuparlos. No se perfilan como "antipartidos", sino que se comportan como agentes "complementarios" (Lawson y Merkl, 1988) sin la pretensión de sustituir al establishment político. Sólo intentan introducir algunos temas o ideologías adicionales en el mercado político (piénsese por ejemplo en el antiguo Partido Social Demócrata, PSD, en Inglaterra o en el Foro Liberal Austriaco). Muchos de los nuevos partidos son forasteros, al menos al principio. Pero mientras que los recién llegados complementarios tratan de entrar en el juego, los recién llegados antipolíticos están contentos de quedarse afuera, abucheando desde las vallas.

Política de ataque

El prefijo "anti" en la noción de política antiestablishment político es deliberado. Los actores antiestablishment político no sólo anuncian imágenes de neutralidad política. No pretenden simplemente ocupar posiciones no políticas o apolíticas. No sólo están afuera, están contra el establishment político. En consecuencia, tienden a desplegar estilos de oposición agresivos, de confrontación. Su retórica, expresada en metáforas de lucha y de guerra, es dura e inflexible. Ataques poco diplomáticos, la cruda aspereza del lenguaje popular, el insulto, el ridículo y la transgresión de las reglas mínimas de cortesía son elementos comunes en los discursos antiestablishment político (véase Iacopini y Bianchi, 1994; Schedler, 1995a; Taggart, 1994:8).

Los discursos antiestablishment político ponen en tela de juicio la distinción convencional entre adversarios políticos (reconocidos) y enemigos políticos (violentamente combatidos). Los actores antiestablishment político no admiten la violencia contra otros partidos; no los combaten con armas. Pero tampoco los reconocen, sino que expresan una antipatía de principio por sus competidores, manteniendo su distancia y rechazando tanto el pacto como la cooperación. Se podría decir que mientras que la política democrática "normal" trata al otro como "contendiente" (alter ego), la política antiestablishment político lo trata como "adversario" (extraño).

Pero hay que calificar este diagnóstico de beligerancia inexorable. No todos los actores antiestablishment político entran en el ámbito político maldiciendo, apretando los puños, blandiendo la espada y profiriendo insultos. Algunos ofrecen versiones suaves, por

así decirlo, de discursos anti-establishment político, de antipolítica ligera; todo sonrisas y ecuanimidad, imágenes cálidas y gestos paternales. Recuérdese a Fujimori, Huffington o Berlusconi. Lo cierto es que los actores antiestablishment político se debaten por ser diferentes. Cuando la política de la corriente principal parece demasiado estridente y conflictiva, los candidatos antiestablishment pueden optar por un estilo de política contrastante, expresando su caso polémico de maneras sumamente restringidas, en tonos tranquilos, serenos y emotivos.

Las víctimas

A los actores antiestablishment político les gusta describirse como víctimas sometidas a agresiones similares a las que reciben los ciudadanos normales procedentes de la élite política. El establishment político conspira para destruirlos. Jorg Haideer, por ejemplo, cuenta de un modo estereotipado que sus adversarios políticos le han declarado la guerra, empleando métodos que no se caracterizan por su especial delicadeza, como "intento de chantaje", "terrorismo psicológico", "cacería de brujas" y "ejecución política"'(Véase Tribustsch, 1994). También Franz Schónhuber en Alemania, por citar otro ejemplo, está siempre a la defensiva, como lo declara, contra la persecución, la humillación, la difamación, el vilipendio, la estigmatización, la criminalización y demás (Véase Jaschke, 1994: 99-103): el actor anti-establishment político como desvalido, mártir e inocente perseguido. Por otra parte, este topos conmovedor puede reflejar situaciones reales de exclusión, aunque de un modo sumamente dramatizado y tergiversado. Contentas de afirmar su propia identidad en oposición a los retadores anti-establishment políticos, las élites políticas suelen responder a los ataques antiestablishment político con una hostilidad simétrica. Por lo tanto, muy a menudo, los partidos anti-establishment políticos acaban siendo en efecto desterrados del sistema de partidos, punch bags e intocables. Sin embargo, por otra parte, su discurso lagrimoso de sufrimiento cumple muchas funciones autoprovechosas. Cuando los partidos antiestablishment político se describen como víctimas lamentables de la exclusión violenta, no sólo ocultan el carácter autoelegido de su aislamiento político, sino que también traducen cualquier razón que puedan tener sus adversarios para oponerse a ellos en expresiones de pura fuerza. Además, brindan una explicación fácil en caso de que no consigan atraer votos: las élites no sólo manipulan a la gente, sino que también eliminan todas las alternativas nacientes.

Populismo carismático

Según el sociólogo político Hans-Georg Soeffner, el populismo y el carisma representan principos antitéticos. Los populistas son hombres simples, camaleones que se adaptan a su entorno; las figuras carismáticas son los líderes, los héroes singulares que se alzan por encima de su entorno. El populista se dirige a un público; la personalidad carismática genera seguidores. El populismo está incrustado en la vida cotidiana y se mantiene firme en la perspectiva de la continuidad; el carisma apunta a trascender la vida cotidiana y promete el cambio (véase Soeffner, 1992:177-202). No obstante, los partidos anti-establishment políticos sintetizan efectivamente esos estilos opuestos de política

cuando ponen en escena el populismo carismático. En relación con ello quisiéramos subrayar tres puntos.

Primero, los actores antiestablishmentpolítico se presentan a sí mismos como agentes del cambio. Son los promotores primordiales del mundo político, los motores de la reforma, las puntas de lanza de la revolución. Son los últimos héroes de la acción. Hemos hablado suficiente, dicen, vamos a hacer algo (sobre la autopresentación de Ross Perot como mecánico de reparaciones al instante de la democracia, véase Brown, 1996). Su afirmación antipolítica de que la política está en la raíz de todos los males sociales les proporciona a los partidos antiestablishment político un "punto de apoyo" para la intervención política (o hasta mágica), para el progreso con un fin determinado (o hasta la revolución) de la sociedad. Abre la posibilidad de un cambio voluntarista de largo alcance y de este modo ofrece esperanza, y a veces hasta la redención.

Segundo, los actores antiestablishment político promedio comparten plenamente el desprecio de los populistas por la intermediación política, sus prejuicios antiinstitucionales. Los altos grados de personalización son sintomáticos de esta actitud. Los partidos antiestablishment político, que solían describirse como movimientos y no como partidos, tienden a formar casos extremos de "partidos personalistas" (Archer, 1992:15), de organizaciones de liderazgo con bajos niveles de diferenciación interna, en las que caciques solitarios dan órdenes a séquitos extensos (cf. Calise, 1994; Perruci y Sanderson, 1989:44; Pfahl-Traughber, 1994; Rosenstone et al., 1994; Taggart, 1994: 8-10).'

Tercero, algunos actores antiestablishment político toman "medidas para generar confianza" que ya son comunes en la política normal, llevándolas a nuevos extremos estridentes. Nos referimos sobre todo a la "no política simbólica", al autorretrato como hombre no político del actor antiestablishment político. Para empezar, los discursos antiestablishment político suelen violar los códigos del lenguaje político a través de, por ejemplo, la trasgresión de normas de cortesía y autocontrol, o introduciendo elementos del habla coloquial como dialecto. Entonces, algunos actores antiestablishment político (en especial, los jóvenes, varones y guapos) tratan de exhibir virtudes prepolíticas como la fuerza y el valor, las cualidades arcaicas del gobernante premoderno, haciendo deportes que se asocian al elitismo, al individualismo y al alto riesgo, como montañismo, hang-gliding, bungee-jumping, esquí acuático o pilotaje de jets. Y por último, muchos de los actores antiestablishment político huyen del mundo político para invadir ámbitos no políticos, sobre todo campos de la cultura y el espectáculo: conciertos de rock, shows televisivos, discotecas, cervecerías, partidos de fútbol, partidos de tenis, clubes nocturnos y demás.

Más allá de la izquierda y la derecha

El eje izquierda-derecha y el eje antipolítico (establishment versus antiestablishment) representan dimensiones independientes y transversales. Los actores antiestablishment político vacilan característicamente en posicionarse en el continuum izquierda-derecha, al que tienden a desechar por anacrónico (Véase e.g. Campbell, 1995; Husbands, 1992: 114; Mudde, 1994; Uessler, 1992). A pesar de todo, muchos de ellos

ocupan posiciones claras y visibles, ya sea en la izquierda, ya sea en la derecha. Y los que no, tarde o temprano se ven obligados por la dinámica de la competencia de los partidos a definirse en esos términos tradicionales. Esto sucedió por ejemplo en las elecciones presidenciales brasileñas y peruanas de 1989 y 1990, respectivamente. En ambos casos, la primera votación se peleó de acuerdo con la línea divisoria antipolítica de establishment versus anti-establishment, y los dos candidatos más creíbles antiestablishment político pasaron a la segunda vuelta, mientras que en la segunda votación, la competencia entre ellos se polarizó claramente y con bastante naturalidad a lo largo del continuum izquierda-derecha (con Collor de Mello y Vargas Llosa en la derecha, y Lula da Silva y Fujimori en la izquierda).

No obstante, la existencia de discursos antiestablishment político de izquierda y de derecha no debería inducirnos a pasar por alto el hecho de que los actores antiestablishment político muestran una clara "afinidad electiva" con los partidos de derecha. Los discursos antiestablishment político subordinan las divisiones socioeconómicas a las intrapolíticas. Se concentran en temas del sistema político (como divisiones de clase o estructuras económicas). Su indiferencia intrínseca a los lados oscuros del capitalismo no encaja en las líneas del pensamiento de izquierda. Como es natural, esto despierta sospechas de "sobrepolitización" conservadora. Se podría decir incluso que, después de la caída del socialismo real, la política antiestablishment político está cristalizando como la nueva ideología de la derecha. Corno la democracia ha perdido su enemigo externo, la clase política surge como su sucesor interno.

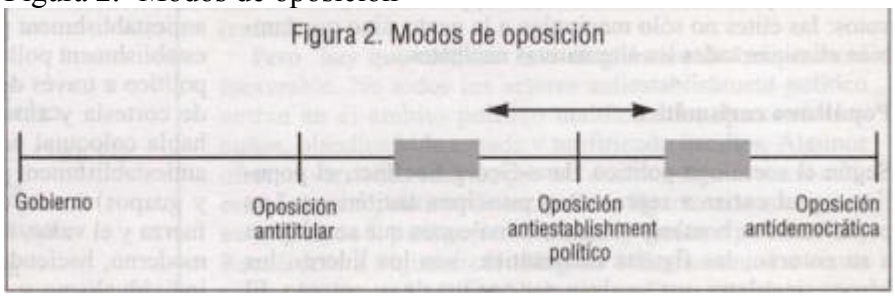
La frontera antidemocrática

Los partidos antiestablishment político enfrentan no uno sino dos problemas de identidad claves (que se presentan como problemas de credibilidad): 1) dejar en claro que no pertenecen ni al establishment político ni al campo de las fuerzas antidemocráticas; 2) hacer creíble que se oponen a la élite política, pero sólo a la élite política y no al sistema liberal-democrático. En ambos aspectos está latente la sospecha de hipocresía y la amenaza de fracaso.

Semilealtad

Los politólogos normalmente pensamos en la oposición política en términos binarios, contraponiendo dos grupos de jugadores: los que aceptan las reglas democráticas del juego y los que no. Esta dicotomía aparece bajo títulos variables, corno democrático versus antidemocrático, leal versus de principios, normal versus fundamental, u oposición intrasistémica versus antisistémica (Véase Kirchheimer, 1966: 237; Sartori, 1976:133). Esta distinción polar es apropiada siempre que refleje una realidad polar. No obstante, al ser actores nuevos, confusos, ambivalentes y no clasificables que pueblan la presunta tierra de nadie entre oposición leal y desleal, nos vemos obligados a adaptar nuestro aparato conceptual. Nos vemos obligados a complementar los dos polos de la oposición con un continuum intermedio. Hemos de admitir una categoría intermedia, un campo medio distinto (figura 2).

Figura 2.- Modos de oposición



Siguiendo a Juan Linz, podríamos llamarlos "semileales", actores que caminan sobre los campos minados entre la oposición normal y la antidemocrática. Linz define la semilealtad por las actitudes que los actores asumen hacia las fuerzas de oposición desleales. En su opinión, los partidos semileales están dispuestos "a alentar, tolerar, encubrir, tratar indulgentemente, excusar o justificar" la violencia ilegítima, sobre todo cuando la cometen extremistas que están de su parte (Véase Linz, 1978:32-33).

Los partidos antiestablishment político no son necesariamente semileales en este sentido (a veces, por la simple razón de que los actores violentos de la oposición no existen). A pesar de todo, también podemos tratarlos como subcasos de semilealtad. Como otros actores semileales, no encajan en el par convencional de casilleros. No son clasificables ni como actores leales ni como desleales. Por otra parte, la oposición antiestablishment político es más que la oposición normal en la medida en que centra sus ataques, no en los gobiernos titulares, sino en todos los partidos, del gobierno y de la oposición por igual. Por otra parte, la oposición antiestablishment político es menos que la oposición fundamental porque lanza sus ataques en situaciones democráticas. Los actores antiestablishment político admiten aceptar las reglas básicas del juego constitucional. Al menos según su retórica oficial, su embate básico no es antisistema, sino "en el sistema"(Huntington, 1991:266), o por lo menos, "asistema" (Beyme, 1985:366).8

Máscaras y rostros

Hoy, en el proverbial "fin de la historia" (Fukuyama, 189: 318), los discursos antidemocráticos han perdido tanto su legitimidad como su atractivo. Además, en países como Alemania y Austria, la agitación antidemocrática está prohibida o restringida por la ley. Por lo tanto, es de esperar que hoy los actores antidemocráticos que se comportan racionalmente no pondrán de manifiesto sus referencias subversivas. Al contrario, envolverán sus ataques antidemocráticos en un atuendo democrático, a la moda y presentable. En consecuencia, todos los actores contemporáneos semileales despertarán la sospecha de que sus juramentos democráticos de lealtad son insinceros, únicamente mecanismos estratégicos para atraer a electores y distraer a los agentes legales. Las palabras pueden siempre divergir de los actos. Podemos observar síntomas y descifrar signos, pero como no podemos ver dentro de las cabezas, nunca podemos estar seguros de cómo se comportarán los actores en el futuro. Por supuesto que algunos serán más

sospechosos que otros. Esto es especialmente cierto en los casos fronterizos que habitan la zona gris entre oposición semileal y desleal, aquellos actores deliberadamente ambivalentes que mezclan declaraciones democráticas con declaraciones autoritarias, ejecutan actos difíciles de cuerda floja caminando entre el antipartidismo "empírico" y "de principios", oscilan entre "excursiones" antidemocráticas y renuncias enérgicas, o bien construyen puentes de cooperación con actores desleales. Pero ningún partido semileal, lo cual significa ningún partido antiestablishment político, escapará alguna vez del todo de la presión para que reafirme su oposición a proyectos antidemocráticos. En consecuencia, gran parte del debate sobre la antipolítica evoluciona siguiendo distinciones guía como fachada versus realidad, declaraciones estratégicas versus genuinas, parte frontal del escenario versus bambalinas, programas oficiales versus programas verdaderos, intenciones públicas versus privadas, discurso versus comportamiento, preferencias manifiestas versus ocultas, fuego versus cortina de humo; en suma, atuendo de corderos versus lobos (Véase por ejemplo, Bailer-Galanda, 1990; Betz, 1993:9; Ignazi, 1992; Januschek, 1990; Mudde, 1994:2; Scharsach, 1992; Voerman y Lucardie, 1992:35, 41; Westle y Niedermayer, 1992:91).9

Trayectorias y consecuencias

Mirando a través de las lentes de la figura 2, vemos que los actores antiestablishment político pueden sólo pasar por una serie limitada de trayectorias. La flecha con dos puntas de la figura alude a un aspecto dinámico crucial de los partidos antiestablishment político. Estos pueden cambiar de naturaleza (y es posible que lo hagan), virando o bien a la derecha, al lado antidemocrático (radicalización), o a la izquierda, al lado de la política de la corriente principal (asimilación). En caso de que sigan siendo fieles a su identidad antipolítica, su destino puede variar. Si tienen suerte, sobreviven; si no, desaparecen.

La desaparición es tal vez el punto final posible de las trayectorias antiestablishment político. Numerosos actores antiestablishment político son sólo fenómenos efímeros. Son "partidos destello" (Rose y Mackie, 1988) con máximos de apoyo electoral respetables pero transitorios. Esto es especialmente cierto en los sistemas presidenciales con sistemas de partido débiles en los que los "candidatos de oleada" sin partido (Valenzuela, 1993) pueden entrar en la carrera presidencial, llegar a altos puntajes en las votaciones nacionales, y desaparecer como estrellas fugaces si son derrotados en la primera o en la segunda vuelta (piénsese por ejemplo en Mario Vargas Llosa, Fernando Collor, Stanislaw Tyminski o en candidatos de tercer partido en los Estados Unidos).

En cambio, institucionalizar un nuevo partido es una tarea ardua, e institucionalizar un partido antipolítico (sin cambiar su naturaleza) es aún más difícil. Muchos de los partidos antiestablishment político que han conseguido institucionalizarse –es decir, que siguiendo el criterio propuesto por Rose y Mackie (1988), han logrado presentar candidatos en más de tres elecciones nacionales consecutivas– se encuentran en sistemas parlamentarios con representación proporcional. En las elecciones parlamentarias, los umbrales de éxito (es decir, de representación legislativa) son inferiores que en las

elecciones presidenciales directas, que alientan (y posibilitan) a los partidos antiestablishment político a persistir en sus esfuerzos de proselitismo.10

Más allá de las cuatro opciones que hemos esbozado hasta ahora –normalización, radicalización, desaparición e institucionalización–, los partidos antiestablishment político pueden emprender aún otra senda más remota, pero a pesar de todo real. Pueden saltar al poder. Pueden ganar elecciones presidenciales (en regímenes presidenciales), pueden unirse, o hasta dirigir, coaliciones gubernamentales (en regímenes parlamentarios). ¿Qué sucede entonces? ¿Qué harán?:

Primero, los actores antiestablishment político en el poder pueden hacer simplemente lo mismo que los demás. Se pueden involucrar en una política rutinaria, más o menos innovadora, más o menos retórica, más o menos profesional y más o menos fructífera, pero a fin de cuentas, la política de siempre. Silvio Berlusconi y Rafael Caldera, por ejemplo, han tomado esta senda de moderación y "normalización".

Segundo, los partidos antiestablishment político pueden asumir (o revelar) posturas antidemocráticas. Una vez en el poder, pueden tratar de destruir el sistema. El autogolpe autoritario de Alberto Fujimori es un ejemplo que viene al caso (a pesar del proceso subsiguiente de reequilibrio democrático).

Tercero, independientemente de su cambio de papel de la oposición al gobierno, los actores del antiestablishment político pueden tratar de mantener su discurso original. Aun después de asumir el poder gubernamental, puede que continúen vistiendo trajes antipolíticos y jugando el juego de confrontación de yo contra el resto. Esos experimentos paradójicos de "bonapartismo antipolítico" pueden conducir a tres posibles resultados. El actor antiestablishment político puede o ganar ese juego contra todos (gobernar por decreto), o perderlo (impugnación o voto de no confianza), u obtener un empate (empate legislativo-ejecutivo).

Ahora bien, tanto si desaparecen como si perduran, tanto si siguen siendo pequeños como si crecen y se hacen grandes, tanto si permanecen en la oposición como si entran al gobierno, etcétera, todas esas diferentes sendas que los actores antiestablishment político pueden emprender no excluyen las consecuencias políticas que producen. Esas consecuencias dependen de diversas variables contextuales (entre otras, de las contra estrategias que adopten los partidos establecidos a los que retan). En un extremo, los partidos antiestablishment político pueden pasar como estrellas fugaces que llegan y mueren sin dejar huellas duraderas. En el otro extremo, pueden funcionar como "infractores" que dejan el sistema democrático en ruinas. Sin embargo, parece que el papel que los partidos antiestablishment político tienden a asumir en la mayoría de los casos es el papel multifacético de "sacudidores" que redefinen el programa político, revitalizan la competencia entre los partidos, agitan olas de contra movilización, o bien actúan como agentes para desalinear el sistema de partido.11

Notas de conclusión

En nuestra expedición de pesca por el universo de los actores del antiestablishment político, hemos lanzado unas cuantas redes de malla amplia. Hemos descrito imágenes estereotipadas que los partidos antiestablishment político asocian con la élite política a la que combaten: la imagen de una clase política, incompetente, amoral e insincera, y la imagen de una clase dominante, represiva y explotadora. Hemos esbozado algunas estrategias simbólicas que los partidos antiestablishment político emplean para presentarse como diferentes a todos los demás partidos, como forasteros inmaculados que inspiran esperanza y confianza: su presunta novedad, su estilo de política de confrontación, su autoproyección como víctimas de la opresión política, su combinación de populismo apegado a la tierra ("soy uno de ustedes") con el carisma sobreprometedor ("yo lo compondré"), y su pretensión de hacer de puente sobre la línea divisoria entre izquierda y derecha. Hemos inspeccionado la controvertida línea fronteriza que separa a los partidos antiestablishment político de los partidos antidemocráticos, su ubicación media y ambivalente, de sándwich, entre la oposición leal y la desleal. Por último, hemos esbozado cinco posibles trayectorias que los partidos de oposición antiestablishment político pueden emprender: pueden desaparecer, institucionalizarse, normalizarse, radicalizarse o bien llegar al poder.

Además de sus funciones analíticas, nuestras redes de pesca pueden servir también para fines prácticos. Pueden contribuir a vislumbrar contra estrategias defensivas o preventivas; es decir, si un Maquiavelo contra antiestablishment político fuera a asumir la defensa del establishment frente a los que lo retan, podría convertir con relativa facilidad nuestra estructura de análisis en una estructura para la acción. Sobre todo, hay dos importantes recomendaciones que podría hacer:

Primero, podría tratar de debilitar cada uno de los tres lados antipolíticos del triángulo. Podría tratar de convencer a los electores de que "la clase política" no existe, que la competencia de partidos importa y que la alternancia en el gobierno es tan posible como significativa. Podría tratar de convencer a los electores de que los partidos antiestablishment político no son ni diferentes ni están excluidos de la corriente principal de la política. Por último, podría tratar de convencer a los electores de que la comunidad de interés y afecto que los une con el actor antiestablishment político es imaginaria, un producto artificial de la mercadotecnia política.

Segundo, podría tratar de sacar a los partidos antiestablishment político de su posición de semilealtad. Es decir, o bien tratar de desacreditarlos imputándoles motivos antidemocráticos, o bien tratar de integrarlos al sistema de partidos ofreciéndoles reconocimiento y hasta cooperación en caso de "buena conducta", es decir, en caso de comporta-miento democrático inequívoco. En cualquiera de los casos, nos viene a la memoria la advertencia de Juan Linz: "Se necesita mucha sofisticación (...) para discernir qué grupos e individuos de la oposición (semileal) (...) pueden volverse leales o sinceramente neutrales, pero ciudadanos dóciles. (Linz, 1978:34)"

Este artículo es una versión sustancialmente revisada, repensada y reordenada de una ponencia presentada originalmente en el Primer Diálogo de Viena sobre la Democracia,"La política sobre la antipolítica", Institute for Advanced Studies, 7-10 de julio 1994. Los argumentos centrales de la ponencia fueron discutidos previamente en el

Instituto de la Universidad Europea de Florencia y en el Instituto Helen Kellogg de Estudios Internacionales, Universidad de Notre Dame. Mi agradecimiento a todos los que con sus observaciones críticas han contribuido a la maduración de esta ponencia. Quisiera agradecer en especial su apoyo a Andrew Gould, Piero Ignazi, Charles Kenney, Guillermo O'Donnell, Louis Pauly, Alessandro Pizzomo, Oliver Schmidtke, Ben R. Schneider, J. Samuel Valenzuela y también, los últimos pero no los menos importantes, a los dos críticos anónimos de Party Politics.

1.Téngase presente que algunos movimientos llamados "populistas" (en Rusia, América Latina o Europa del Este) operaron en condiciones predemocráticas y otros en condiciones casi premodernas (donde la diferenciación entre élites económicas y políticas está ausente o es rudimentaria). Aunque en realidad dirigieron cruzadas contra las élites políticas, ambos caen fuera de nuestro campo de atención, que se restringe a contextos de modernidad democrática.

2. Recuérdese que cualquier actor político puede invocar motivos ocasiona-les antiestablishment político. No obstante, cuando hablamos de partidos antiestablishment político nos referimos a casos en los que esos términos representan una parte central de la identidad ideológica de los partidos.

3. Parafraseamos a Peter Wiles: "el populismo es cualquier credo o movimiento basado en la premisa siguiente: la virtud reside en la gente simple, que es la abrumadora mayoría, y en sus tradiciones colectivas." (1969: 166; cursivas en el original).

4. Según la sabiduría convencional, los partidos traducen los conflictos sociales en conflictos políticos. El locus classicus de esta teoría de la articulación de la división del sistema de partidos es, por supuesto, el artículo seminal de Lipset y Rokkan sobre sistemas de partido y estructuras de división (1967). No obstante, las instancias antiestablishment político son diferentes. Son autorreferenciales (desde un punto de vista sistémico). En vez de politizar un conflicto extrapolítico, promueven (o construyen) un conflicto intrapolitico. Apropiándonos de una idea de Lane y Ersson, podríamos también hablar de divisiones "no estructurales" como diferentes a las "estructurales" (Véase Lane y Ersson, 1994:278).

5. Téngase presente que las invocaciones de "falla del mercado electoral" parten del supuesto de que los partidos no sólo fallan cuando no suministran algunos bienes de lujo; fallan en la oferta de artículos verdaderamente esenciales. No hay que confundir las fallas del mercado con los nichos del mercado.

6. Esto alude a la descripción sucinta que hizo Ben Schneider de la campaña presidencial de Fernando Collor en 1989: "una campaña anti Estado, antipartido, anti Sarney, anti todo lo que hay" (Schneider, 1991:324).

7. En algunos casos, hasta el término "partido" parece engañoso. De hecho, se llega a invertir. Según la conocida definición de Sartori, "un partido es cualquier grupo político que presenta a las elecciones (...) candidatos para cargos públicos" (Sartori, 1976:64). En cambio, algunos actores antiestablishment político son sólo candidatos a cargos públicos

que presentan partidos a las elecciones. Inventan algún "partido fantasma" para cumplir con los requisitos legales (recuérdese por ejemplo el Partido x de Stanislaw Tyminski, o el Partido da Reconstrucao Nacional de Collor de Mello).

8. Véase también Hungtington (1991:265-270). Algunos autores llaman a los actores antiestablishment político "antisistema" o "antirégimen" (por ejemplo, Gallagher, 1992; Kingstone, 1994; Lane y Ersson, 1994:121; Müller-Rommel, 1993; Taggart, 1994). Aunque es cierto que muchos partidos antiestablishment politico adoptan una retórica "antisistema"' difusa (muchas veces sin especificar el "sistema" concreto al que se refieren), esas etiquetas funden y confunden indebidamente (por lo menos semánticamente) modos de acción antipolíticos y antidemocráticos. Además, etiquetas como oposición "fundamental" o "antisistema" muchas veces no se refieren a ataques (antidemocráticos) contra el sistema politico, sino que describen ataques (anticapitalistas) contra el sistema económico. Para una discusión más amplia de la semilealtad, véase Schedler (1995b).

9. La existencia de casos fronterizos polémicos (que entran en las zonas sombreadas de la figura 2) no invalida la distinción entre modos de oposición antiestablishment político y otros, tanto nonnales como antidemocráticos. Recuérdese que en muchas organizaciones políticas, hasta la diferenciación funcional aparentemente clara entre gobierno y oposición resulta bastante ambigua: por ejemplo, en sistemas federales en los que las distribuciones del poder central y el regional divergen; en sistemas de gobierno proporcional de todos los partidos como en Suiza; o en sistemas presidenciales en los que el jefe del Ejecutivo puede pertenecer al partido de la minoría legislativa (Véase Beyme, 1987:36-38; Dahl, 1966a:34; 1966b: 340-341; Smith, 1987:53-57).

10. Es probable que no hubiera que exagerar el impacto de los tipos de régimen en el número y la expectativa de vida de los actores anti establishment político. Muchas organizaciones políticas latinoamericanas combinan el presidencialismo con alguna clase de representación proporcional en las elecciones legislativas. En consecuencia, en la mayoría de los países existen (y a menudo persisten) partidos minúsculos a la espera de un candidato carismático, pero que también aspiran pacientemente a ganar unos cuantos escaños legislativos. No obstante, esos partidos persisten en su mayoría por debajo del umbral de visibilidad y relevancia. Además, los sistemas presidenciales a veces son testigo de casos de resurrección política, de candidatos antiestablishment político que pasan por ciclos de desaparición y reaparición (e.g. Carlos Ibáñez en Chile).

11. El crédito por la distinción entre "sacudidores" y "transgresores" pertenece a J. Samuel Valenzuela. La tipología que propuso (en una discusión personal en febrero de 1994) contenía otra figura más, "los componedores", es decir, los reformadores, los reparadores, los manipuladores geniales del cambio.

Nota de la redacción: omitimos la bibliografía de este artículo por razones de extensión, pero quien desee consultarla puede solicitar una copia a las oficinas de esta revista.

Traducción: Este País.

Profesor asistente de ciencia política en el Instituto de Estudios Avanzados en Viena, conferencista en la Universidad de Viena y director de Vienna Dialogue on Democracy.

Índices en economía y finanzas
Canadá, Estados Unidos y México (septiembre 1996)

INDICADORES

Índices en economía y finanzas

Canadá, Estados Unidos y México (septiembre 1996)

Canadá

		Cambio porcentual respecto al anterior	
	periodo	periodo	año
Producto Interno Bruto	Q2 96	0.3	1.2
Indicador líder	Jul 96	0.6	4.7
Índice de precios al consumidor	Jul 96	0.0	1.2
		periodo actual	mismo periodo en el año anterior
Balanza en cuenta corriente	Q2 96	0.86	-3.81
Tasa de desempleo	Jul 96	9.8	9.7
Tasa de interés	Ago 96	4.24	6.57

Estados Unidos

		Cambio porcentual respecto al anterior	
	periodo	periodo	año
Producto Interno Bruto	Q2 96	1.2	2.7
Indicador líder	Jul 96	-0.3	5.7
Índice de precios al consumidor	Jul 96	0.2	3.0
		periodo actual	mismo periodo en el año anterior
Balanza en cuenta corriente	Q1 96	-35.59	-39.05
Tasa de desempleo	Jul 96	5.4	5.6
Tasa de interés	Ago 96	5.40	5.77

México

		Cambio porcentual respecto al anterior	
	periodo	periodo	año
Producto Interno Bruto	Q2 96	2.4	7.2
Indicador líder		...	...
Índice de precios al consumidor	Jul 96	1.4	31.0
		periodo actual	mismo periodo en el año anterior
Balanza en cuenta corriente	Q2 96	0.64	0.44
Tasa de desempleo	Jun 96	5.6	6.8
Tasa de interés	Jul 96	31.66	39.72

Definiciones y notas

Producto Interno Bruto: Series en volumen. Ajustadas por temporada. **Indicador líder**: Un indicador compuesto basado en otros indicadores de actividad económica (empleo, ventas, ingreso, etc). Señala movimientos cíclicos en la producción industrial de seis a nueve meses, por adelantado. **Índice de precios al consumidor**: Mide los cambios en el porcentaje de precios de venta de una canasta fija de bienes y servicios. **Balanza de cuenta corriente**: En billones de dólares, no se ajusta por temporada, excepto en el caso de EEUU. **Tasa de desempleo**: Porcentaje de la fuerza de trabajo-Estándar OIT de la tasa de desempleo; en el caso de México corresponde a una definición nacional. **Tasa de interés**: Tres meses.

Fuente: OCDE/OECD, *Main Economic Indicators*, septiembre 1996.
Información proporcionada por el Centro de la OCDE en México

OECD
OCDE

Una nueva dirección para los estudios de opinión.

INDICADORES

Una nueva dirección para los estudios de opinión

Daniel Yankelovich

Por el afecto y respeto que guardo hacia Helen Dinerman, recibir este premio es para mí algo muy especial. Ella y sus contemporáneos se vieron a sí mismos como practicantes de un poderoso instrumento de las ciencias sociales. En los estudios de opinión encontraron una forma de mezclar rigurosos estándares científicos con una teoría social penetrante. Compartieron también una visión más amplia de la utilidad de este tipo de estudios en el fortalecimiento de la democracia al permitir que los líderes entiendan el pensamiento de la gente y al preparar el terreno para un diálogo genuino entre dirigentes y ciudadanos.

Sin embargo, actualmente en Estados Unidos, para no generalizar, pese a la creciente especialización técnica, los estudios de opinión están siendo cada vez más desorientadores. A partir de resultados de encuestas, el gobierno de Clinton supuso, por ejemplo, que la gente apoyaba su programa de seguridad social universal, sólo para darse cuenta tiempo después de que esto no era cierto.

Pero las encuestas no desorientan deliberadamente, lo hacen debido al prevaleciente uso de estudios instantáneos que no toman en cuenta información básica sobre el tipo de opinión, por ejemplo, si es volátil o estable, si contradice otras opiniones de los mismos encuestados o si están conscientes de las concecuencias que sus propios puntos de vista pueden tener.

Detener y revertir esta tendencia desorientadora requiere, en primer lugar, de algunos pasos modestos y prácticos. Se debe insistir en que todos los estudios sobre políticas públicas incluyan por lo menos una o varias preguntas que determinen si la gente está consciente de las consecuencias y derivaciones de sus opiniones.

Por otro lado, al contrario de lo que sucede en casos de elecciones, la mayoría de los temas tratados por los estudios de opinión no tienen un comienzo, un desarrollo y un fin determinados. La opinión pública puede estar evolucionando sin que nadie sepa cómo y hacia dónde. Por eso, todos los estudios deben determinar cuál es el nivel evolutivo que la opinión pública ha alcanzado. Si la opinión pública se encuentra en su primera etapa evolutiva, esto significa que una de sus características determinantes es la volatilidad.

Es importante que los que usan encuestas sepan si la opinión pública es endeble, o si está cimentada en un nivel más alto de evolución. El que los líderes sepan el grado de nivel evolutivo de la opinión pública en un tema específico abre la oportunidad para un diálogo genuino y democrático.

Resumen del discurso pronunciado por el autor al recibir el premio Helen Dinerman. El texto completo fue publicado por el International Journal of Public Opinion Research.

WAPOR